ANABEL GARCÍA

Esta princesa ya no quiere tanto cuento

esencia

Esta princesa ya no quiere tanto cuento

Anabel García

Esencia/Planeta

© Anabel García, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Kaponia Aliaksei-Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: marzo de 2018
ISBN: 978-84-08-18260-3
Depósito legal: B. 2.336-2018
Composición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Me asomo al borde de la acera con sumo cuidado para evitar que mis infinitos tacones rojos de aguja resbalen, debido a mi ya de sobra conocida falta de destreza —también llamada *torpeza innata*— y morir, así, atropellada por la incalculable masa de vehículos que circulan a esta hora de la mañana por la Quinta Avenida.

Comienzo a estar un tanto desesperada, puesto que no hay forma humana de que algún taxi se detenga frente a mí, y mira que levanto el brazo y lo agito con todas mis fuerzas, como si mi vida dependiese de ello, pero nada, resulta todo inútil. Incluso he llegado a pensar que no se detienen porque les parece que estoy saludando a mi novio, ese al que hace años que no veo y que está justo en la acera de enfrente, y que por eso levanto el brazo con tanto ímpetu... Aunque, por desgracia, no es el caso. La humillante realidad es que los taxistas pasan olímpicamente de mí.

Cuando, al cabo de media hora, mi mano está ya morada debido a que no le llega el riego sanguíneo, oigo un frenazo a mi lado y descubro que, por fin, un gentil taxista se ha apiadado de una servidora.

—Buenos días —saludo enojada con el gremio, mientras me monto a toda prisa en el asiento trasero.

—Buenos días. ¿Adónde la llevo, señorita? —me contesta con un claro acento extranjero, aunque no me atrevería a apostar por su procedencia exacta.

—Al Bloomingdale's de la calle Lexington, por favor —contesto con suma indiferencia, sacando el móvil del bolso para comprobar mi agenda.

Entonces el taxista deja de mirarme por el espejo retrovisor y se vuelve en su asiento para hacerlo directamente por encima de

unas roñosas gafas de culo de botella, con unos ojos pequeños y oscuros, parecidos a los de una rata asustada.

—¿Le importaría indicarme la dirección exacta, señorita? —solicita, un tanto intimidado por mi claro estado de indignación ante su pregunta.

—¡¡¡¿Perdone?!!! —respondo con incredulidad.

—El número y la calle donde se encuentra ese *Blumin*...

No lo dejo ni terminar la frase, porque salto como un gazapo en apuros.

—¡¡¡¿¿Un taxista neoyorquino me está diciendo que no sabe dónde está Bloomingdale's..., o lo estoy soñando??!!!

En un arrebato de irritación total, agarro la manija de la puerta para salir del coche escopetada, pero automáticamente recapacito y sopeso si me compensa más estar otra hora abandonada en la calle, cual Estatua de la Libertad, hasta que otro vehículo quiera recogerme, o indicarle a este... pseudotaxista energúmeno la dirección a la que pretendo que me lleve.

—Lo siento, llevo poco tiempo en la profesión, señorita. —El maldito... *ser* se encoge de hombros a modo de excusa.

Respiro hondo mientras cierro los ojos evocando el vuelo de una paloma blanca de la paz y los vuelvo a abrir un poco más serena.

—Avenida Lexington, entre las calles Cincuenta y nueve y Sesenta —replico enfurruñada, escogiendo a regañadientes mi segunda opción.

Por si hay alguien en el universo, aparte de este *fmjfhhjcjd,* que no lo sepa, Bloomingdale's es uno de los centros comerciales más grandes y lujosos de la ciudad, toda una institución en Nueva York. Ocupa una manzana completa, y quien no lo conozca simplemente es que no ha venido aquí para nada, ni siquiera de turismo... Es más, incluso me atrevería a afirmar que el que no haya oído hablar del maldito Bloomingdale's es porque ni siquiera sabe conectarse a internet... ¡Por Dios, si hasta se visita más que el MoMA!

Como mañana es el gran día, no quiero que nada altere mi estado de euforia y felicidad, y menos aún una cosa tan nimia como que un taxista extranjero no conozca un centro comercial, así es que decido acomodarme en el asiento y contemplar por la ventanilla los majestuosos edificios de la zona mientras trato de reconciliarme de nuevo con el universo.

Cuando ha pasado cerca de una hora, observo que los edificios hace rato que han dejado de ser majestuosos para pasar a ser bastante lúgubres. «Si no estamos en el Bronx, poco nos falta», pienso. Es entonces cuando decido tomar cartas en el asunto. Respiro hondo antes de dar por sentado que el individuo se ha perdido, conmigo en su coche.

—Disculpe —carraspeo exageradamente—, pero, si no le importa, ¿podría indicarme hacia dónde vamos? —Por un momento imagino que podría muy bien estar secuestrándome, y yo aquí sentada, tan feliz de la vida.

De repente, el taxista detiene el automóvil en seco en medio de la calle por la que circulamos. El frenazo provoca que me estampe contra el asiento delantero y que, además, todos los conductores de los vehículos que venían detrás de nosotros nos piten y nos increpen con violencia por las ventanillas mientras nos adelantan como pueden.

—Creo que nos hemos perdido —me confiesa al final el hombre entre dientes, sin ni siquiera mirarme, al tiempo que suspira agobiado.

No sé si respirar aliviada porque no se trate de un secuestro o pegarle de tortas... No obstante, solo soy capaz de parpadear con incredulidad.

—Y ¿cuándo se ha dado cuenta de eso exactamente? —mascullo.

—En cuanto se ha montado en el taxi.

Me cubro la cara con las manos. «Esto no puede estar pasándome a mí.» ¡Tengo millones de citas que no atenderé por culpa de este... imbécil!

«Inspira..., espira...», me repito a modo de mantra zen, mientras intento que unas orquídeas blancas flotantes emerjan en mi mente. No obstante, en cuanto aparecen las delicadas florecillas, acompañadas de una música celestial..., ¡las descuartizo todas en mil pedazos con cara de sádica!

Abro la puerta del coche, enajenada por la cólera que me invade y que ni siquiera me permite respirar. La ira me oprime el pecho, siento el rostro ardiendo, ahora mismo soy toda fuego, y no precisamente un fuego de pasión, sino de algo muy negativo... «Tita, pareces un Pokémon en efecto tornado»; las palabras de Cathy, mi sobrina postiza, vienen a mi mente.

Abro la puerta del conductor mientras me quito los zapatos y lo increpo con uno de ellos en la mano.

—¡Bájate ahora mismo de ahí, pedazo de inútil!

—¿Qué va a hacerme? —contesta el taxista aterrado, cubriéndose la cabeza con ambas manos mientras me obedece algo inseguro.

Ese gesto me hace sentir como una *destroyer* total, porque ganas de clavarle el tacón en el ojo no me faltan. La escena me resulta hasta cómica, ya que él es mucho más alto y corpulento que yo, y justo por eso no creía posible que pudiera asustarlo de ninguna manera, pues es obvio que con un simple tortazo me tiraría al suelo, pero por lo visto lo tengo acojonadito.

—Por favor, no me robe el coche, lo he subarrendado algunos días, no soy el dueño... ¡Si éste se entera, me matará! —gimotea.

«¡Ajá! Se acaba de descubrir el pastel, cucaracha.»

Como obtener una licencia de taxi en la ciudad es tan sumamente caro, se dedican a compartir los coches entre varios para sacar un rendimiento las veinticuatro horas del día y así lo amortizan, consiguiendo con ello, por otra parte, que el sector sea cada vez menos profesional.

—¡Confórmate con que no te atraviese el ojo con un tacón! —escupo irritada.

Me acomodo tras el volante y coloco con sumo cuidado mis carísimos zapatos rojos de Jimmy Choo en el asiento del copiloto.

Arranco el motor.

Bajo la ventanilla y miro al despojo humano que me observa atemorizado junto al vehículo.

—¿Te vienes o te quedas? —le espeto.

Sin dudarlo, sube corriendo a sentarse en el asiento trasero.

Acelero y me incorporo de nuevo al tráfico a todo gas.

En menos de media hora aparco derrapando frente a Bloomingdale's, cojo mis zapatos, me los pongo y salgo a la calle toda digna. Sin dirigirle ni una simple mirada, pego un portazo y rodeo el coche a toda prisa rumbo al centro comercial. ¡Llego tardísimo!

Entonces, una voz me detiene.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Espere! ¡No me ha pagado! —me increpa el taxista.

Me vuelvo para echarle un mal de ojo con toda mi cólera concentrada en ello. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no cometer un asesinato en medio de la calle y a plena luz del día.

—¡¿Cómo dices?! Creo que no te he oído bien... —exclamo un tanto alterada mientras señalo mi oreja haciendo un gesto exagerado con un dedo. Con un poco de suerte, se arrepentirá.

—Que no me ha pagado el trayecto.

Cierro los ojos. «No matar, no matar...», me repito.

Los abro de nuevo y, en mi evidente estado de apacible calma y serenidad, exclamo:

—¡¡¡¡Que te follen, maldita rata de cloaca!!!!

A continuación, me vuelvo de nuevo para continuar mi camino estoicamente hacia la puerta de entrada, toda estirada, pero esta vez mucho más relajada.

¿Por qué siempre me suceden este tipo de calamidades? Soy una especie de mujer gafe que atrae los problemas y, aun así, nunca suelo decir palabrotas (solo cuando estoy con Elizabeth, que me lo pega) y casi nunca me altero por nada. Soy muy templada, a veces incluso demasiado, pero hay situaciones, como ésta, que me superan y, aunque me cueste reconocerlo, todavía permane-

cen algunas reminiscencias Hudson en mí, bastantes para mi gusto, pero hemos pasado mucho tiempo juntas, es lógico.

★ ★ ★

Poco a poco, con las compras y los preparativos para mañana, me olvido de lo sucedido y mi estrés vuelve a su nivel habitual, es decir, cero. Y, así, paso el resto del día, contratando el catering, alquilando trajes y joyas, seleccionando camareros, supervisando los horarios de los vuelos de mis familiares...

La verdad es que resulta caótico preparar una inauguración, y mira que he hecho cosas estresantes a lo largo de mi vida, ¡sobre todo de mi vida laboral! Recuerdo que el simple hecho de mirar a mi jefa, mejor dicho, a mi exjefa, me estresaba de una forma descomunal... «¡Jesús, es increíble lo bien que me siento cada vez que pienso que jamás tendré que volver a obedecer las órdenes de esa bruja malvada!»

Capítulo 2

«Hoy es el gran día, hoy es el gran día...» Eso fue lo único que recuerdo haber soñado durante toda la noche.

Aquella mañana, como siempre, sonó mi horrendo despertador, uno que tenía desde hacía mil años y que reproducía, ni más ni menos, el maravilloso y extraordinario cacareo de una gallina... Sí, en efecto, alguien tuvo la brillante idea de fabricarlo...; sí, en efecto, alguien me lo regaló..., y, sí, en efecto, yo lo usaba desde entonces, no sé muy bien por qué. La conclusión de todo esto es que, cada amanecer, la primera imagen que pasaba por mi mente nada más abrir los ojos era la de una gallina cacareando a lo bestia.

Extraordinario, ¿verdad?

Me apresuré a apagarlo de un manotazo, medio dormida y esperando que, con un poco de suerte, en uno de aquellos golpes lograse romperlo definitivamente. Sin embargo, nunca se obraba el milagro. ¡Cómo lo odiaba! Era inexplicable, pero todavía seguía atesorando aquel viejo reloj. Ahora que me acuerdo, me lo regaló la tía Felisa a los diez años, por mi primera comunión, porque se mofaba de que el gallo que teníamos en casa de mis padres nunca cantaba. Todavía hoy no alcanzo a comprender cómo aquel aparato infernal seguía funcionando después de tantos años..., pues estoy segura de que, si hubiese sido un reloj de diseño exclusivo, de los *muy carísimos*, ya se habría estropeado hacía tiempo. Pero no había manera: por más cachiporrazos que le pegaba, al día siguiente, la condenada gallina volvía a cacarear.

Llevaba más de un mes preparándome para aquel día ¡y por fin había llegado!

Me quedé retozando en la cama durante unos instantes, como solía hacer siempre, desperezándome con tranquilidad, sin ser del

todo consciente ni de en qué galaxia vivía... No obstante, en cuanto lo recordé, salí disparada como una bala hacia el ropero para vestirme de inmediato.

«¡No! ¡Espera! Antes de vestirte, ¡tienes que ducharte!», me recordé a mí misma. Entonces, al cambiar bruscamente de dirección, derrapé en medio del salón y estampé la frente contra una de las pocas esquinas que había en la casa.

¡Pedazo de golpe me pegué!

No tuve que ir muy lejos para llegar hasta el baño, apretándome la zona magullada con la mano y maldiciendo mi escasez o, más bien, mi completa falta de agilidad.

«Estupendo, Bea, ahora parecerás un cachorro de unicornio al que está a punto de brotarle el cuerno...» Me froté varias veces aquel bulto espantoso frente al espejo para comprobar horrorizada que, lejos de desaparecer, se hacía cada vez más grande y cambiaba su moderado color bermellón por un escandaloso color púrpura...

«¡Venga, dúchate ya, *unicornia*, o llegarás tarde!», me reprendí al instante, asumiendo cabizbaja que toda mi vida estaría destinada a ser así, rematadamente desastrosa.

Vivía en un apartamento de escasos veinte metros cuadrados, donde la cama delimitaba el salón y la cocina. Lo único que estaba un poco más apartado era el baño, pero tampoco demasiado. Resumiendo, vivía en un zulo.

Había alquilado aquel estupendo, a la par que mugriento, apartamento porque era lo único a lo que podía aspirar con los ahorros de toda mi vida, y para terminar de rematar la faena, esto podría ser, a lo sumo, durante un par de meses, hasta que encontrase trabajo, si es que lo conseguía. De lo contrario, tendría que volver a mi pequeño pueblo, que se encontraba nada más y nada menos que en Extremadura, España.

¡Toda una fatalidad!

Desde que me había instalado aquí había trabajado en infinidad de cosas, aunque la mayoría habían sido tan solo ocupaciones

de un día, como, por ejemplo, repartiendo todo tipo de objetos, reponiendo en supermercados, ¡y hasta limpiando botas! De ahí procedían mis pocos ahorros. Mis padres no eran precisamente ricos, más bien todo lo contrario y, desde el primer día que tuve conciencia, aprendí a buscarme la vida yo solita, porque era la pequeña de cinco hermanos, todos ellos varones, y en mi casa muchas veces no había ni para comer.

Toda mi familia sobrevivía gracias al miserable sueldo de mi padre, que trabajaba por temporadas, restaurando diversas obras de arte que le encargaban algunos museos de Madrid o Barcelona. Obviamente no le mandaban restaurar a Monet, por lo que en casa había meses duros y otros muy duros.

Mi padre era un inmigrante inglés que se enamoró de una mujer extremeña y que se asentó en un pueblo donde nunca encajó para formar una familia demasiado peculiar. De ahí provenían los apellidos y el bilingüismo mío y de mis hermanos. Él malvivió siempre trabajando en algo que en el pueblo era considerado de todo menos productivo y rentable, pero que para mi padre era su vida.

Mi madre, por su parte, intentaba limpiar en algunos sitios, pero disponía de muy pocas horas libres para hacerlo, ya que cinco hijos requerían de todo su tiempo, esfuerzo y dedicación...

La conclusión es que nunca nos sobró nada, ni siquiera calor en invierno. Pero, aun así, siempre estuvimos muy unidos y cualquiera de nosotros habría dado la vida por los demás sin dudarlo.

Lo peor de todo era que, desde que yo vivía en la Gran Manzana, no había conseguido ningún trabajo estable y empezaba a desesperarme. La cuenta atrás había comenzado, o, mejor dicho, la cuenta atrás que había comenzado era la del banco.

Los entrevistadores olían mi desesperación... Sí, estaba segura de que ése era el verdadero motivo por el que no me contrataban... Huelen el miedo y la necesidad, y a mí me sobraban ambas cosas.

«Estaré ideal con semejante chichón», pensé al contemplar apesadumbrada esa bola morada que se izaba gloriosa en medio

de mi frente. No obstante, enseguida recordé aquel proverbio chino que reza algo así como: «Si un problema tiene solución, no hay que preocuparse, y si no la tiene, pues tampoco» ¡Qué listo fue aquel chino! Me apuesto el cuello a que fue el famosísimo Confucio. ¿Que no lo conocéis? Sí, hombre, ese que inventó la *confución*... Mi problema claramente pertenecía a los de la segunda categoría, así que me imaginé al chino haciéndome un corte de mangas, encogiéndose de hombros y canturreando: «¡Se fastidia, *señolita*!».

Un chorro de agua fría me sacó con brusquedad de mis cavilaciones. Al sentir cómo el líquido helado recorría mi piel pegué un grito que ni Tarzán en sus mejores tiempos y lancé el teléfono de ducha contra la pared. Sin embargo, debido a la presión, no tardó en salir volando por los aires de nuevo hacia mí, consiguiendo inundar todo el baño en cuestión de segundos.

«¡¡¿Otra vez se ha estropeado la caldera?!! Es la cuarta vez en dos días.» Me reprendí a mí misma por no haberme quejado antes, mientras me acordaba de la madre del casero y de toda su familia. A todo esto, me alejaba de la alcachofa de ducha todo lo posible, como si se tratase del mismísimo diablo, porque parecía que la manguera hubiese cobrado vida propia retorciéndose convulsivamente bajo mis pies; después se levantaba sobre mi cabeza con la furia de una cobra voladora, mientras yo intentaba esquivar las gélidas gotas mortales, que amenazaban con congelar mi alma... Toda esa rocambolesca escena duró unos cuantos años, o eso me pareció a mí, hasta que por fin conseguí, de una manera muy heroica, terminar con aquella debacle, es decir, que cerré el grifo.

«Respira, Betty, piensa en un campo de..., no sé..., ¿de amapolas?», me decía, dándome ánimos. Pero las amapolas se convertían en pirañas cuando recordaba que ¡no sabía reparar la dichosa caldera!

Me encontraba sola en casa, con el pelo lleno de una espuma que se metía cada vez más en mis ojos. Clavé la mirada en la alcachofa de la ducha con el ceño fruncido, sujetándolo de nuevo en-

tre las manos. Primero, lo reté, pero terminé suplicándole para que milagrosamente escupiese agua caliente, o al menos templada... «Vale, con que esté tibia me conformaré. Por favor, por favor, por favor, grifito guapo...» Pero mis súplicas no dieron el resultado esperado, así es que seguí aclarándome la espuma como pude, porque el agua salía cada vez más gélida de aquella fuente del mal.

¿He comentado ya que estábamos en pleno invierno?

«Desde luego que, si por algún milagro todos los astros se alinean a mi favor para que me contraten, voy a empezar en el trabajo de la mejor manera: con un cuerno en la frente, el pelo pegajoso por culpa de la espuma y cogiendo la baja por pulmonía», pensaba mientras me envolvía desesperada con una vieja toalla, sin poder parar de tiritar.

Cuando pude recobrar la temperatura corporal de un ser humano en estado normal —o sea, la de cualquiera que no fuese Walt Disney—, salí disparada a lo que podríamos denominar mi *armario* para escoger mis mejores galas.

Uno de los innumerables requisitos que se solicitaban para asistir a la entrevista era acudir con indumentaria de color negro, blanco o gris. Al final me puse un pantalón gris de pinzas que tenía de hacía varios años, un jersey de cuello vuelto negro, sin tantas bolas como los demás (entre otras cosas porque le pasé la cuchilla de afeitar), y unas bailarinas blancas de charol que me había regalado mi abuela.

Me miré en el espejo muy orgullosa. ¿Parecía lo bastante seria? «Sí. Yo creo que voy muy bien, parezco una secretaria de verdad», me dije para animarme.

Recogí mi pelo liso, lacio y rubio en un moño, al más puro estilo señorita Rottermeier, para tener la cara despejada. Mi abuela constantemente me decía que mis ojos azules debían resaltar por encima de mis demás virtudes, y de todos es sabido que las abuelas siempre tienen razón.

A modo de colofón final, me planté unas gafas de pasta negras cuyos cristales no tenían ninguna función, o sea, las gafas de

adorno de toda la vida, que en un arrebato de secretaria pija me había dado por comprar el día anterior, y la verdad es que me hacían tener un aire bastante sofisticado. «Si me viese mi madre ahora mismo, estaría orgullosa de mí», iba pensando mientras bajaba a toda prisa por la escalera, porque no había ascensor en el edificio. Mi madre siempre aseguraba que para triunfar en la vida solo había que casarse con un hombre rico, por eso ella se sentía tan desdichada.

Recuerdo que estaba muy nerviosa.

Eran las ocho en punto de la mañana, aunque la cita era a las diez; nunca se sabe la de imprevistos que pueden suceder en Nueva York y, tratándose de mí, había que andarse con mil ojos, pues la probabilidad de caer en desgracia se multiplicaba por cien. No me perdonaría llegar tarde, por eso iba con dos horas de antelación. Prefería pasear durante ese tiempo sobrante, antes que ser impuntual.

Salí a la calle y enseguida el ritmo frenético de los viandantes neoyorquinos me absorbió, por lo que aceleré el paso junto a ellos en dirección a la boca del metro. Cada vez que eso sucedía, no podía evitar acordarme de mis primeros días aquí y reírme.

Mi pueblo era un remanso de paz y tranquilidad. Nueva York, todo caos. Recuerdo la primera vez que salí por sus calles cuando era estudiante. Intentaba mantenerme pegada a la pared para no rozar a nadie, me daba auténtico pavor porque mis padres me habían advertido millones de veces sobre los robos y las violaciones en esta ciudad..., pero, obviamente, me resultó imposible no tocar a nadie. ¡Lo pasé muy mal! No lograba salir de ese río de gente que me arrastraba hacia el abismo..., ya me veía saqueada y violada... No obstante, lo peor que me sucedió fue que terminé en una calle demasiado alejada de mi destino. Así que, aunque resultó horroroso, no fue ni mucho menos tan malo como había imaginado. Una semana después ya sabía lo que debía hacer, incluso lo agradecía, porque parecía que esa loca marabunta te alentaba a caminar.